

EL SÍMBOLO DE LA FE

EL Credo NICEO- CONSTANTINOPOLITANO

Padre Tomás Hopko

El Credo de la Iglesia se llama el Credo Niceo-Constantinopolitano, pues fue escrito formalmente durante el Primer Concilio Ecuménico en Nicea (*en el año 325*) y durante el Segundo Concilio Ecuménico en la ciudad de Constantinopla (*año 381*)

La palabra “Credo” viene del latín “credo” que quiere decir “yo creo”. En la Iglesia Ortodoxa nos referimos al Credo como el Símbolo de la Fe, que literalmente significa la “reunión” y la “expresión” o la “confesión” de la fe.

En la Iglesia primitiva existían muchas diversas formas de la confesión cristiana de la fe, muchos “credos”. Estos credos originalmente siempre fueron usados en ocasión del Bautismo. Antes de ser bautizada, cada persona debía proclamar su fe. El más primitivo credo cristiano probablemente fue la simple confesión de fe afirmando que Jesús es el Cristo, es decir, el Mesías; y que Cristo es el Señor. Confesando públicamente esta creencia de fe, la persona entonces podía ser bautizada en Cristo, muriendo y resucitando con Él a la Nueva Vida del Reino de Dios, en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Con el del pasar el tiempo, en diferentes lugares se desarrollaron diversos credos, todos profesando exactamente la misma fe, pero empleando formas y expresiones variadas con diferentes grados de detalle y énfasis. Estas formas de credos cristianos se desarrollaron de manera más elaborada y detallada en aquellos lugares donde habían surgido problemas acerca de la fe y donde habían aparecido herejías.

En el siglo cuarto una gran controversia se desarrolló en el cristianismo acerca de la naturaleza del Hijo de Dios, a quien también la Escritura se refiere como el Verbo o Logos. Algunos decían que el Hijo de Dios era una criatura hecha por Dios como todo lo creado. Otros insistían que el Hijo de Dios es eterno, divino y no creado. Hubo muchos concilios que

hicieron numerosas afirmaciones acerca de la fe en la naturaleza del Hijo de Dios. La controversia se extendió por todo el mundo cristiano.

Finalmente, fue la definición proclamada por el concilio convocada por el Emperador Constantino en la ciudad de Nicea en el año 325, la que finalmente fue aceptada por toda la Iglesia como su Símbolo de Fe. Ahora consideramos este concilio como el Primer Concilio Ecuménico. Su proclamación fue la siguiente:

Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, y de todo lo visible e invisible.

Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nacido, no creado, consustancial al Padre, por quien todo fue hecho.

Y quien por nosotros los hombres y para nuestra salvación, descendió del cielo, se encarnó del Espíritu Santo y María Virgen y se hizo hombre.

Y crucificado también por nosotros, bajo Poncio Pilato; padeció y fue sepultado.

Y resucitó al tercer día, según las Escrituras.

Y subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre.

Y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin.

Y en el Espíritu Santo, Señor, Vivificador, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado, que habló por los Profetas.

Y en la Iglesia que es Una, Santa, Católica y Apostólica.

Y confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados.

Y espero la resurrección de los muertos.

Y la vida del siglo venidero. Amén.

Después de la controversia acerca del Hijo de Dios, el Verbo de Dios, y esencialmente unido con ella, surgió un conflicto sobre el Espíritu Santo. La siguiente definición

proclamada por el Concilio de Constantinopla en el año 381 (que ahora se conoce como el Segundo Concilio Ecuménico), fue agregada al texto de Nicea:

Y (creemos) en el Espíritu Santo, Señor y Vivificador, que procede del Padre; que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado; que habló por los profetas. Y en Una Iglesia Santa, Católica y Apostólica. Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero. Amén.

Este Símbolo de Fe completo fue finalmente adoptado en toda la Iglesia. Se puso en la primera persona singular “Creo”, y se usa para la confesión de fe oficial y formal que una persona (o su padrino) hace en el momento de su bautismo. También es la confesión de fe que hace el no-ortodoxo al entrar oficialmente en la comunión a la Iglesia Ortodoxa. Del mismo modo el Credo se ha hecho parte de la vida cotidiana de los Cristianos Ortodoxos y un elemento esencial de la Divina Liturgia de la Iglesia Ortodoxa en la cual cada persona formal y oficialmente acepta y renueva sus promesas bautismales y confirma ser miembro de la Iglesia. Así, el Símbolo de la Fe es la única parte de la Liturgia (*repetida de otra forma antes de la Santa Comunión*) que está en primera persona singular. Todos los otros himnos y oraciones de la Liturgia están en plural, comenzando con “*nosotros*”. Únicamente la Confesión de Fe comienza con “yo”. Esto, como ya veremos, es así porque la fe es primeramente personal y solo después un acto comunitario.

Ser Cristiano Ortodoxo significa afirmar la Fe Cristiana Ortodoxa, no solamente las palabras, sino también el significado esencial del Símbolo de Fe Niceno-Constantinopolitano. Esto asimismo significa afirmar todo lo que esta confesión implica, y todo lo que ha sido expresamente desarrollado a partir de ella y fundado sobre ella en el curso de la historia de la Iglesia Ortodoxa durante los siglos, hasta el día de hoy.

LA FE

Yo creo...

La Fe es el fundamento de la Vida Cristiana. Es la virtud fundamental de Abraham, el antepasado de Israel y de la Iglesia Cristiana. *“Abraham creyó en el Señor, y le fue contado por justicia.”* (Génesis 15, 6)

Jesús comienza su ministerio con el mismo llamado a tener fe. *“Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios, diciendo: el tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el Evangelio.”* (Marcos 1, 15)

Durante toda su vida, Jesús llamaba a las personas a tener fe; fe en Él mismo, fe en Dios Su Padre, fe en el Evangelio, fe en el Reino de Dios. La condición fundamental para la vida cristiana es la fe, pues junto con la fe, viene la esperanza y el amor y cada buena obra y todo don beneficioso y todo poder del Espíritu Santo. Esto es la doctrina de Cristo, de los Apóstoles y de la Iglesia.

Categoricamente la fe se define en las Santas Escrituras como *“la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”* (Hebreos 11, 1)

Existen básicamente dos aspectos de la fe; uno tal vez podría decir, dos significados de la fe. El primero es fe “en” alguien o “en” algo; la fe como reconocimiento de la realidad, de la veracidad, de la autenticidad de estas personas o cosas y del valor que se les da. Por ejemplo, fe en Dios, en Cristo, en la Santísima Trinidad, en la Iglesia. El segundo es la fe en el sentido de confianza. En este sentido, por ejemplo, uno no meramente cree en Dios, en su existencia, bondad y verdad; sino que, además, uno le cree a Dios, confía en Su palabra, confía en Su presencia, se entrega con seguridad y convicción a Sus promesas. El cristiano necesita ambos tipos de fe. Uno debe creer en ciertas cosas con mente, corazón y alma; y luego vivir por ellas en el transcurso de cada día de la vida.

A veces se opone la fe con la razón, y la creencia con el conocimiento, como si fueran opuestas. Según la Ortodoxia, fe y razón, creencia y conocimiento, ciertamente son dos cosas diferentes pero que, sin embargo, son cosas diferentes que siempre permanecen juntas, y que jamás pueden estar opuestas o separadas.

En primer lugar, uno no puede creer en algo que no tiene o conoce de alguna forma. Una persona no puede creer en algo acerca del cual no sabe absolutamente nada. En segundo lugar, lo que uno cree y confía debe ser razonable. Si a uno le piden creer en la divinidad de una vaca, o confiar en un ídolo de madera, uno se negaría a hacerlo por el hecho de que no es razonable hacerlo. Así, la fe debe tener sus razones válidas, se debe construir sobre el conocimiento; jamás debe ser ciega. En tercer lugar, el mismo conocimiento a menudo se apoya en la fe. Es imposible llegar al conocimiento de algo mediante un escepticismo absoluto. Si algo se conoce, es porque existe una cierta fe en las posibilidades del ser humano de conocerlo, y una verdadera confianza en que los objetos del conocimiento realmente “se están mostrando” y que la mente y los sentidos no están actuando con engaño. También, con relación a casi toda palabra escrita, especialmente aquellas que se relacionan a la historia, el lector está llamado a hacer un acto de fe. Debe creer que lo que está diciendo el autor es la verdad; y

por lo tanto, debe tener cierto conocimiento y ciertas razones por haberle dado su confianza.

Frecuentemente es sólo cuando alguien entrega su confianza y cree algo, que es capaz de “ir más allá”, por así decir, y finalmente lograr el conocimiento y comprensión de cosas que nunca hubiera comprendido antes. Es cierto que algunas cosas permanecen oscuras y carentes de sentido, a menos que sean vistas a la luz de la fe, la cual entonces provee una manera de explicar y comprender su existencia y significado. Así, por ejemplo, el fenómeno de la muerte y el sufrimiento se entendería de forma muy diferente por alguien que cree en Cristo a como la entendería alguien que cree en otra religión o filosofía o que no cree en nada.

La fe siempre es personal. Cada persona debe creer por sí mismo. Nadie puede creer por otro. Muchas personas pueden creer y confiar en las mismas cosas porque comparten una unidad de conocimiento, razón, experiencia y convicciones. Puede existir una comunidad de fe y una unidad de fe. Pero esta comunidad y unidad necesariamente comienza con, y se basa en, la confesión de fe personal e individual.

Por esto el Símbolo de Fe en la Iglesia Ortodoxa, no solamente en los bautismos y en los ritos oficiales de entrada a la Iglesia, sino también en las oraciones diarias y en la Divina Liturgia, siempre se mantiene en primera persona singular. Si nosotros podemos orar, ofrecer, cantar, alabar, pedir, bendecir, regocijarse, y encomendarnos a nosotros mismo y los unos a los otros a Dios en la Iglesia y en tanto que Iglesia, es únicamente porque cada uno de nosotros individualmente podemos decir honesta y sinceramente, con la convicción del corazón: “Señor, creo...”, agregando, como necesario, las palabras de ese padre en el Evangelio, “*Ven en ayuda de mi incredulidad.*” (Marcos 9, 24)

Para que nuestra fe realmente sea verdadera, la debemos expresar en nuestra vida diaria. Debemos actuar según nuestra fe por la bondad y poder de Dios que actúa en nuestras vidas. Esto no quiere decir que “tentamos” a Dios o “probamos a Dios” haciendo cosas innecesarias y ridículas sólo para ver si acaso Dios participa en nuestra tontería. Pero significa que si vivimos por la fe en la búsqueda de nuestra rectitud, podremos mostrar con nuestras propias vidas que Dios estará con nosotros, ayudándonos y guiándonos en todo.

Para que nuestra fe crezca y se fortalezca, debemos ejercer nuestra fe. Cada persona debe vivir según la medida de fe que tenga, no importa cuán pequeña, débil e imperfecta sea. Al actuar según la fe que uno tenga, se otorga confianza en Dios y en la certeza de Su Divina Presencia, y con la ayuda de Dios muchas cosas que antes creíamos imposibles o que nunca jamás imagináramos, se hacen posibles.

DIOS

Un solo Dios, Padre Todopoderoso...

La fe fundamental de la Iglesia Cristiana es en un solo Dios, Verdadero y Viviente.

“Oye Israel: el Señor nuestro Dios, es el único Señor. Tu amaras al Señor Tu Dios de todo corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”. (Deut. 6, 4 al 8)

Cristo cita estas palabras de la ley de Moisés como el primer y más grande mandamiento. (Mc. 12, 29) Ellas siguen al enunciado de los Diez Mandamientos que comienzan así: “*Yo Soy el Señor Tu Dios; no tendrás otros dioses delante de mi*”. (Deut. 5, 6-7)

El Señor único y Dios de Israel reveló al ser humano el misterio de Su Nombre.

“Dijo Moisés a Dios...” si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su Nombre? qué les responderé?. Y respondió Dios a Moisés: Yo soy el que Soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel. “Yo Soy” me envía a vosotros. Además, dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; por el se me invocará por todos los siglos” (Éxodo 3, 13-15)

El nombre de Dios es Yahvé (Jehová) que significa: Yo Soy Quien Soy; o Yo Soy El que Soy; o Yo Seré lo que Seré; o simplemente Yo Soy. Él es el Verdadero Dios, El Dios Vivo, el Único Dios. Él es fiel y leal a Su Pueblo. Revela a ellos su palabra Divina y Santa. Les da Su Divino y Santo Espíritu. Se llama Adonai: el Señor; y su Santo nombre de Yahvé nunca es pronunciado por las personas debido a su gran Santidad. Solamente el sumo sacerdote, y sólo una vez al año, y únicamente en el santuario del Templo de Jerusalén, se atrevía a pronunciar el divino nombre de Yahvé. En todas las otras ocasiones, Yahvé es llamado como el Señor Todopoderoso, como el Dios Altísimo, como el Señor Dios de Sabaot, el Dios de los Ejércitos angélicos.

Según la Santa Escritura y la experiencia de los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento, Yahvé es absolutamente Santo. Literalmente esto quiere decir que Él es totalmente diferente a cualquier otra persona o cosa que existe. (La palabra Santo significa totalmente separado, diferente, otro)

Según la Tradición Bíblica Ortodoxa, el solo hecho de decir que “Dios existe” se debe calificar como la afirmación que Él es tan Único y tan Perfecto que no se puede comparar Su Existencia a la de ningún otro ser. En este sentido Dios está

“mas allá de la *existencia*” o “*más allá de ser*”. Así habría gran renuencia, según la doctrina Ortodoxa, de decir simplemente que Dios “es” o “existe” tal como todo lo otro “es” o “existe”, o decir que Dios es simplemente el “Ser Supremo” en la misma cadena de existencia tal como todo lo demás en la creación.

En este mismo sentido la Doctrina Ortodoxa mantiene que la Unidad de Dios tampoco es meramente equivalente al concepto matemático o filosófico de “uno”; ni tampoco su vida, su bondad, su sabiduría y todos los poderes y virtudes atribuidos a Él pueden ser equivalentes a cualquier idea, aun la idea mas alta, que el hombre jamás pueda tener acerca de tal realidad.

Sin embargo, después de haber hablado acerca del peligro de una idea o un concepto demasiado simplista o demasiado positivista acerca de Dios, la Iglesia Ortodoxa, en base de la experiencia viva de Dios que han tenido los Santos, afirma lo siguiente: ciertamente podemos decir que Dios existe perfecta y absolutamente como Aquel que es vida, bondad, verdad, amor, sabiduría, conocimiento, unidad, pureza, alegría y simplicidad perfectos y absolutos; la perfección y super-perfección de todo cuanto el ser humano conoce como santo, verdadero y bueno. Es este mismo Dios quien es precisamente confesado en la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo como “... Dios, inefable, inconcebible, invisible, incomprensible, siempre existente y eternamente igual.”

Es este Dios -El Yahvé de Israel- que Cristo proclama es Su Padre. El Dios Todopoderoso es conocido como “Padre” mediante Su Hijo Jesucristo. Jesús enseñó a los seres humanos a llamar al Todopoderoso, al Señor Dios de los Ejércitos, por el nombre de Padre. Antes de Jesús, nadie se atrevía a rezar a Dios con el nombre tan íntimo de Padre. Fue Jesucristo quien dijo, “Orad entonces así: Padre nuestro que estas en los cielos...”.

Jesús ha podido llamar a Dios Padre porque Él es el Hijo Unigénito de Dios. Los Cristianos llaman a Dios Padre porque mediante Cristo reciben el Espíritu Santo y llegan a ser hijos de Dios ellos mismos.

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley a fin de que recibiésemos la adopción de hijo, y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: Abba, Padre!. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”. (Gálatas 4, 4 al 7; la lectura de la Epístola para la Navidad de Cristo en la Iglesia Ortodoxa)

Así ningún ser humano es por naturaleza hijo de Dios y nadie puede llamar a Dios Padre fácilmente. Lo podemos hacer

únicamente por Cristo y el don del Espíritu Santo. Y así proclamamos en la Divina Liturgia:

Y haznos dignos, oh Soberano Señor de que con confianza y sin condenación nos atrevamos a llamarte a Ti, Dios Padre Celestial y a decirte: Padre nuestro, que estás en los cielos...

Al contemplar la revelación de Dios Nuestro Padre en la vida de Su Pueblo en el Antiguo Testamento y en la vida de la Iglesia en el Nuevo Testamento, el ser humano puede comprender ciertos atributos y características de Dios. Primero, claramente se ve que Dios es Amor, y que en todas sus acciones en y hacia el mundo, Dios Padre expresa Su Naturaleza como Amor mediante Cristo y el Espíritu Santo.

“Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió su Hijo Unigénito al mundo, para que vivamos por El. En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios y Dios en el”. (1 Juan 4, 7 al 16)

“...El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”. (Romanos 5, 5)

Siendo el Dios que es Amor, Nuestro Padre en los cielos hace todo lo que pueda por la vida y la salvación del ser humano y del mundo entero. Esto hace pues es misericordioso y bondadoso, de mucha paciencia y compasivo, y quiere perdonar y absolver los pecados del ser humano para que pueda compartir la vida y el amor de Dios. Se recuerdan estos atributos de Dios en el Salmo 103:

“Bendice alma mía al Señor, y no olvides ninguno de Sus Beneficios. Él es Quien perdona todas tus iniquidades, Él que sana todas tus dolencias. Misericordioso y compasivo es el Señor; lento para la ira, y grande en misericordia”. (Salmo 103)

CREACIÓN

Creador del Cielo y de la Tierra...

La Iglesia Ortodoxa cree que Dios Padre es el “Creador del Cielo y de la Tierra y de todas las cosas visible e invisibles”.

Crear significa hacer algo de la nada; traer a la existencia algo que antes no existía; o, nuevamente citando la Liturgia

de San Juan Crisóstomo, *“traer desde la no-existencia a la existencia”*.

La Doctrina Ortodoxa de la Creación es que Dios ha traído todo y todos los que existen desde la no-existencia a la existencia. La descripción de la creación que encontramos en las Sagradas Escrituras se encuentra primeramente en el capítulo 1 de Génesis. El fundamental punto doctrinal acerca de la creación es que sólo Dios no fue creado y es eterno. Todo lo que existe aparte de Dios fue creado por Él. Dios, sin embargo, no creó todo individualmente y a la vez. Creó las primeras fundaciones de la existencia, y luego durante mucho tiempo (tal vez millones de años -Véase II Pedro 3, 8) esta primera fundación de la existencia, por el poder que Dios la otorgó, dio a luz a las otras criaturas de Dios: *“Produzca la tierra hierba verde, hierba que da semilla... Produzcan las aguas seres vivientes... Produzca la tierra seres vivientes según su género...”* (Génesis 1, 11, 20, 24)

Así, aunque Dios es sin duda el Creador de todo, El actúa gradualmente en el tiempo y mediante lo que Él ha hecho previamente, a los que ha dado potenciales y poderes de producir vida.

Según la Fe Ortodoxa, todo lo que Dios ha hecho es “muy bueno”: los cielos, la tierra, las plantas, los animales, y finalmente el propio ser humano. (Génesis 1, 31) Dios esta complacido con la creación y ha hecho todo sólo para que pueda participar en Su propia Existencia, Divina y No-Creada y que viva por Su propio divino *“Aliento de vida”* (Génesis 1, 30; 2, 7)

“Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos y todo su ejército por el aliento (o espíritu) de Su boca. Él junta como dique las aguas del mar; él pone en depósito los abismos. Tema al Señor toda la tierra; teman delante de Él todos los habitantes del mundo. Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió.” (Salmo 33, 6 al 9)

En los versos del Salmo que aquí citamos así como en el libro de Génesis vemos la presencia y acción del Verbo (Palabra) de Dios y del Espíritu de Dios. Dios el Padre crea todo lo que existe mediante Su Divino Verbo: *“Dijo Dios... y fue así”* y por Su Divino Espíritu quien *“se movía sobre la faz de las aguas.”* (Génesis 1, 2) Aquí ya se vislumbra la Santísima Trinidad, la que será plenamente revelada en el Nuevo Testamento cuando el Verbo se encarne y cuando el Espíritu Santo descienda en persona sobre los discípulos de Jesús en el día de Pentecostés.

Debemos especialmente señalar la bondad del mundo físico creado. En el cristianismo Ortodoxo no existe el dualismo. No hay ninguna enseñanza que diga que el “espíritu” es bueno y

la “materia” mala, que el “cielo” es bueno y la “tierra” mala. Dios ama con Su Amor Eterno a toda Su Creación material y, como veremos, cuando la creación física es desfigurada por el pecado, Él hace todo lo que está en Su Poder para salvarla.

Amando a toda su creación, Dios Padre mora en el mundo que ha creado por su bondad y amor a la humanidad. La Omnipresencia de Dios es uno de los Atributos Divinos del Creador que se enfatiza particularmente en la enseñanza Cristiana Ortodoxa. Este hecho se confirma directamente en la Oración al Espíritu Santo que se reza al comienzo de todo el culto Ortodoxo:

Oh Rey Celestial, Paráclito, Espíritu de la Verdad, que estas en todas partes y todo lo llenas, Tesoro de todo lo bueno y Dador de la Vida, ven y mora en nosotros, purifícanos de toda mancha y salva nuestras almas, oh Bondadoso.

El hecho de que nosotros los Cristianos rezamos, *“Padre Nuestro, que estas en los cielos...”* también afirma que Dios está presente en todo lugar, pues donde quiera que vaya un hombre sobre la faz de la tierra, por los mares o en el aire, los cielos lo rodean con la presencia de Dios. El Señor Jesucristo, para que los hombres reconocieran que el Verdadero Dios, Su Padre, no está atado a un lugar en particular u otro, como lo fueron los dioses paganos, enseña el ser humano a rezar al Padre *“en los cielos”*. Pues el Único Dios, Verdadero y Vivo, está presente en todos, sobre todo, abarcando y conteniendo todo con Su Providencia y Protección Celestial. El Dios que está *“Sobre todo”* también está *“por todos, y en todos”* (Efesios 4, 5). Mediante Su Verbo (Palabra) y Su Espíritu Santo, Dios *“todo lo llena en todo.”* (Efesios 1, 10. 23)

Así, el Apóstol San Pablo también proclamó a los atenienses, que si los hombres lo reconocen o no, *“en Él vivimos, y nos movemos, y somos,”* pues *“Él no está lejos de cada uno de nosotros”*. (Hechos 17, 27 al 28)

Se atestigua muy hermosamente la omnipresencia de Dios en Su Creación, y nuestra propia presencia delante de Él, en el Salmo 139:

A donde me iré de tu Espíritu?. Y a donde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí Tú estas.

Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, Aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrieran; Aun la noche resplandecerá alrededor de mi. Aun las tinieblas no encubren de tí, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz.

ÁNGELES

Todas las cosas visibles e invisibles.

Además de la creación física y visible, existe también un mundo invisible creado por Dios. A veces la Biblia se refiere a él como “los cielos” y a veces como aquello que está “arriba de los cielos”. Sea lo que sea su descripción simbólica en la Sagrada Escritura, el mundo invisible definitivamente no forma parte del universo material, físico. No está situado en el espacio; no tiene dimensiones físicas. Y entonces no puede ser localizado, y no ocupa ningún “lugar” que pueda ser alcanzado después de un viaje entre las galaxias del universo físicamente creado.

Sin embargo, el hecho de que el mundo invisible y creado sea puramente espiritual y no pueda ser encontrado en un mapa del mundo material creado, no hace que sea menos real o que no exista verdaderamente. La creación invisible existe como algo diferente, distinto al mundo creado visible y, por supuesto, totalmente diferente a la existencia absolutamente super-divina y no-creada del Dios no-creado.

La realidad creada invisible está constituida de los ejércitos de los poderes incorpóreos, que generalmente se llaman (y mas bien incorrectamente) los Ángeles.

Los ángeles (que literalmente significa “mensajeros”), son, estrictamente hablando, solo una de las órdenes entre los poderes incorpóreos del mundo invisible.

Según las Sagradas Escrituras y la Tradición Ortodoxa, existen nueve órdenes de los poderes incorpóreos o Ejércitos (Sabaoth significa “ejércitos” o “coros” u “órdenes”). Existen ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominios, tronos, querubines y serafines. Estos dos últimos son descriptos como ofreciendo gloria y adoración continua a Dios con la incesante y eterna proclamación: Santo!, Santo!, Santo! (Isaías 6, 3; Apocalipsis 4, 8). Los dominios, tronos, virtudes, potestades y principados, no son muy conocidos de los hombres, mientras que los ángeles y arcángeles se conocen como trabajadores activos, guerreros y mensajeros del Señor en el mundo. Así, los ángeles y arcángeles luchan contra el mal espiritual, y median entre Dios y el mundo. Aparecen a los hombres en variadas formas en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, tanto como en la Vida de la Iglesia. Los ángeles son portadores del poder y la presencia de Dios, y son mensajeros de Su palabra para la salvación del mundo. Los ángeles que son mejor conocidos son Gabriel (cuyo nombre significa “hombre de Dios”), que es el portador de la buena nueva del Nacimiento de Cristo (Daniel 8, 16; 9, 12; Lucas 1, 19, 26), y Miguel (que quiere decir “aquel que es semejante a Dios”) cabeza de los ejércitos espirituales de Dios (Daniel 11, 13; 12, 1; Judas 9; Apocalipsis 12, 7).

Generalmente las apariencias de los poderes incorpóreos se describen a los hombres de una manera física (“de seis alas e innumerables ojos”; o en la “forma de un hombre”). Sin embargo, se debe entender claramente que estas son descripciones simbólicas solamente. Por naturaleza y definición los ángeles no tienen cuerpos y no poseen propiedad material de ningún tipo. Son seres estrictamente espirituales.

ESPÍRITUS MALIGNOS

Además de los poderes espirituales creados que llevan a cabo la voluntad de Dios, existen, según nuestra Fe Ortodoxa, los que se rebelan contra Él y obran el mal. Estos son los demonios o diablos (que literalmente significa “aquellos que destruyen”). Se los ve obrar en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, así como en las vidas de los Santos de la Iglesia.

Satanás (cuyo nombre quiere decir enemigo o el adversario) es un nombre para el diablo, el líder de los espíritus malignos. Es identificado en el símbolo de la Serpiente de Génesis 3 y como el tentador de Job y de Jesús (Job 1, 6; Marcos 1, 33). Es nombrado por Cristo como un engañador y mentiroso, el “padre de las mentiras” (Juan 8, 44) y el “príncipe de este mundo” (Juan 12, 31; 14, 30; 16, 11). Él ha caído del cielo al igual que sus ángeles malos que se erigieron contra Dios y Sus servidores (Lucas 10, 18; Isaías 14, 12). Es este mismo Satanás que entró en Judas para efectuar la traición y la muerte de Cristo (*Lucas 22,3*).

Los Apóstoles de Cristo y los Santos de la Iglesia conocían por experiencia propia a los poderes de Satanás contra el ser humano para su destrucción. Del mismo modo, conocían bien la falta de poder de Satanás y su propia destrucción final, cuando el ser humano está con Dios, lleno del Espíritu Santo de Cristo. Según la Doctrina Ortodoxa, no existe ningún término medio entre Dios y Satanás. Al fin de cuentas, y en cualquier momento, el ser humano o está con Dios o está con el diablo, sirviendo o a uno o al otro.

La victoria final pertenece a Dios y a los que están con Él. Satanás y sus ejércitos son finalmente aniquilados. Si no reconocemos esto -y más aun- sin la experiencia de esta realidad de la lucha espiritual cósmica (Dios y Satanás, los ángeles buenos y los espíritus malignos), uno no puede llamarse Cristiano Ortodoxo, en el verdadero sentido, que es consciente de las más profundas realidades de la existencia y organizando su vida en consecuencia. Una vez más, sin embargo, se debe afirmar claramente que el diablo no es ningún “caballero vestido de traje rojo” ni tampoco ningún otro tipo de engañador físicamente grotesco. Él es un espíritu sutil, inteligente, que actúa principalmente por el engaño y la disimulación, ganando su victoria más grande cuando el ser humano deja de creer en su existencia y poder. Es así que el

diablo ataca “de frente” solamente a los que no puede engañar de otra forma: a Jesús y a los más grandes entre los santos. En la mayor parte de su combate, él se conforma con permanecer oculto y a actuar por caminos y métodos desviados.

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5, 8).

“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las acechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne sino contra los principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. (Efesios 6, 11 al 12).

EL SER HUMANO

El ser humano es la criatura especial de Dios, es el único “creado a imagen y semejanza de Dios” (Génesis 1, 26). Él es creado por Dios del polvo de la tierra al final del proceso de la creación (al “Sexto día”) y por un proyecto especial. Dios lo hizo para respirar “el aliento de la vida” (Génesis 2, 7), con el fin de conocer a Dios, y tener dominio sobre todo lo que Dios había creado.

Por ser humano es necesario entender los dos sexos: “varón y mujer los creó” (Génesis 1, 27; 2, 21)- Para ser fecundos y multiplicarse (Génesis 1, 28). Entonces, según la doctrina Ortodoxa la sexualidad pertenece a la creación que dijo Dios que era “muy buena” (Génesis 1, 31), y en sí no es de ninguna manera, ni pecaminosa ni perverso. La sexualidad pertenece a la propia naturaleza de la humanidad creada expresamente por la voluntad de Dios.

Como imagen de Dios, con señorío sobre la creación y co-creador junto al Creador No Creado, el ser humano debe “reflejar” a Dios en la creación, hacer presente Su presencia, Su voluntad, Sus poderes presentes en todo lugar del universo; de transformar todo lo que existe en el paraíso de Dios. En este sentido, el ser humano es creado definitivamente para un destino más grande que el de los poderes incorpóreos del cielo, los ángeles. El Cristianismo Ortodoxo afirma esta convicción, no solamente por el énfasis que las Sagradas Escrituras ponen en el ser humano como criatura hecha a imagen y semejanza de Dios para reinar sobre la creación (lo que no se dice acerca de los ángeles), sino también porque San Pablo lo afirma directamente cuando escribe acerca de Jesucristo, diciendo que es verdaderamente el hombre perfecto y el Último Adán, (I Corintios 15, 45), y que: “Dios le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre,

para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”. (Filipenses 2, 9 al 11).

Si creemos en Jesús, se deduce entonces que el ser humano es creado para una vida muy superior a la de cualquiera otra criatura, aun a la de los ángeles que glorifican a Dios y sirven la causa de la Salvación del ser humano. Y es precisamente esta convicción que se afirma cuando la Iglesia canta a María, la Madre de Dios, como “más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines”. Pues lo que es glorificado como ya realizado en María, la persona humana, es precisamente lo que espera a todos los “hombres que oyen la palabra de Dios y la guardan”. (Lucas 11, 28)

Así tomamos conciencia de la gran dignidad del ser humano según la Fe Cristiana. Vemos al ser humano como “la más importante” de las criaturas de Dios, la criatura para quien “todas las cosas visibles e invisibles” han sido creadas por Dios.

Es nuestra doctrina Ortodoxa, solo se puede entender y apreciar lo que significa ser un *ser humano* a la luz de la plena revelación de Jesucristo. Siendo el Verbo Divino y el Hijo de Dios hecho hombre, Jesús revela la verdadera dimensión de la humanidad.. Como Hombre Perfecto y el Último Adán, “el hombre de los cielos”, Jesús nos da la interpretación correcta de la historia de la creación que encontramos en el libro del Génesis. Porque como ha escrito el Apóstol San Pablo, Adán encuentra su significado como la “figura del que había de venir”, es decir, Jesucristo (Romanos 5, 14).

“Está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo... y así como hemos traído la imagen terrenal traeremos también la imagen del celestial”. (I Cor. 15, 45 al 49).

Según la teología Cristiana Ortodoxa, llevar la imagen de Dios es ser como Cristo, la Imagen No-Creada de Dios, y compartir de todos los atributos espirituales de la divinidad. Es, en las palabras de los Santos Padres, llegar a ser por la divina gracia todo lo que Dios Mismo es por naturaleza. Si Dios es un Ser libre, espiritual, personal, así los seres humanos, varón y mujer, han de ser lo mismo. Si Dios es tan poderoso y creativo, con dominio sobre toda la creación, así también las criaturas humanas, hechas a Su Imagen y Semejanza, han de ejercer dominio en el mundo. Si Dios ejerce dominio y autoridad no por tiranía y opresión, sino por amor, bondad y servicio,

Sus criaturas entonces deben hacer lo mismo. Si el Mismo Dios es amor, misericordia, compasión y providencia, así Sus criaturas, creadas para ser como Él, deben ser lo mismo. Y finalmente, Si Dios vive para siempre en la vida eterna, nunca muriendo, sino siempre existiendo en belleza y felicidad perfectamente gozosas y armoniosas con toda la creación, así también los seres humanos son creados para la vida eterna en comunión gozosa y armoniosa con Dios y toda la creación.

Según la doctrina ortodoxa, la vida humana nunca termina su desarrollo y crecimiento, pues es creada a la imagen y semejanza de Dios. El Ser y la vida de Dios son inagotables y sin límites. Tal como el Arquetipo Divino no tiene límites a su divinidad, así también la imagen humana no tiene límites a su humanidad, a lo que puede llegar a ser por la gracia de Su Creador. Por lo tanto, la naturaleza humana es creada por Dios para crecer y desarrollarse mediante la participación en la naturaleza de Dios por toda la eternidad. El ser humano es creado para llegar a ser cada vez más semejante a Dios, aun en el Reino de Dios al fin de los siglos, cuando Cristo venga de nuevo en gloria para resucitar a los muertos y otorgar la vida a los que le aman.

Así los Santos Padres de la Fe Ortodoxa enseñaron que, sea lo sea el grado de madurez y desarrollo que logre el ser humano, sea lo que sea su poder, sabiduría, misericordia, conocimiento, amor, continuamente queda delante de él una infinidad de plenitud de vida aún más grande en la Santísima Trinidad, en la cual puede participar y vivir. El hecho de que la naturaleza humana eternamente progresa en perfección dentro de la naturaleza de Dios constituye el significado de la vida para el ser humano, y permanece para siempre la fuente de su alegría y regocijo para toda la eternidad.

Ahora debemos decir también que, según la doctrina Cristiana Ortodoxa, era la expresa voluntad de Dios que los seres humanos fueran creados varón y mujer, y esto es esencial para la propia vida humana como un reflejo de Dios. Es decir, la sexualidad humana no sólo es un elemento necesario en la existencia y vida humana creada a la imagen de Dios, sino que la vida, la vida humana debe ser sexuada - masculino y femenino- si ha de ser lo que Dios mismo ha creado.

Hombre y mujer, son creados por Dios para vivir juntos en una unión de existencia, vida y amor. El ser humano ha de ser líder en toda actividad humana, el que refleje a Cristo como el nuevo y perfecto Adán. La mujer ha de ser “una ayuda” para el hombre, la “madre de todos los vivientes”(Génesis 2, 16;3, 20). Simbolizando en la relación de María y la Iglesia, la Nueva Eva, y a Cristo, el Nuevo Adán, como la que inspira la vida del hombre, completa su existencia y llena su vida, la mujer no es

un instrumento del hombre. Ella es una persona en su propio derecho, participe de la naturaleza de Dios, y un complemento necesario para el hombre. No puede haber ningún hombre sin mujer -ningún Adán sin Eva; tal como no puede haber ninguna mujer sin hombre. Los dos existen juntos en perfecta comunión y armonía para el cumplimiento de la naturaleza y vida humana.

Las diferencias entre el hombre y la mujer son reales e irreducibles. No se limitan a diferencias físicas o biológicas. Son más bien diferentes dentro de una y misma humanidad; tal como, podríamos decir, el Hijo y el Espíritu Santo son diferentes personas dentro de una y la misma divinidad, junto con Dios Padre. El hombre y la mujer deben estar en unión espiritual tanto como en unión corporal. Deben expresar en conjunto, en una y misma humanidad, todos los poderes y virtudes que pertenecen a la naturaleza humana creada a imagen y según la semejanza de Dios. No existen ni virtudes ni poderes que pertenecen al hombre, pero no a la mujer; ni tampoco existen los que pertenezcan a la mujer pero no al hombre. Todos están llamados a perfección espiritual en verdad y en amor, en todas las virtudes divinas de Dios otorgadas a sus criaturas.

Las hostilidades y competencias entre el hombre y la mujer que existen en el mundo de hoy no se deben a sus respectivos “modos personales” tal como fueron creados por Dios. Se deben más bien al pecado. No debe existir la tiranía de hombres sobre mujeres; ni opresión, ni servidumbre. Tal como no debe existir ninguna lucha de la mujer para ser hombre, para tomar la posición masculina en el orden de la creación. Sino debe haber una armonía y unidad dentro de la comunidad de existencia con sus naturales distinciones y orden creados. Vemos esta unidad de naturaleza con la distinción en la existencia personal dentro de la Divinidad de la Santísima Trinidad. Pues en la Divinidad de la Trinidad misma existe una perfecta unidad de naturaleza y existencia, con reales distinciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en cuanto a que forma vive cada una de las Personas Divinas y como expresa cada una de ellas la naturaleza común de Dios. Existe un “orden” en la Trinidad. Existe inclusive una jerarquía si consideramos la manera en que las Personas Divinas se relacionan entre ellas mismas y con el hombre y el mundo. (Si embargo, no debemos entender en la palabra “Jerarquía” una diferencia de naturaleza entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo). Pues en la Trinidad Misma, solo el Padre es la “Fuente de la Divinidad”. El Hijo es la expresión del Padre y está “sujeto” a Él. Y el Espíritu Santo, consubstancial y de total igualdad con el Padre y el Hijo, es la “tercera” persona Quien cumple la voluntad del Padre y del Hijo. Las tres personas

divinas son perfectamente iguales. Este es un dogma de la Iglesia. Pero no son lo mismo, y existe una relación ordenada entre ellas en la cual hay “prioridades” de existencia y acción ordenada entre ellas en la cual hay “prioridades” de existencia y acción que no destruyen la perfección y la unidad perfecta de la Divinidad, y que, mas aun, permiten que sea perfecta y divina. (Véase el Capitulo III). La Vida Trinitaria de Dios es el Arquetipo y Modelo para la existencia y acción del hombre y de la mujer dentro del orden de la creación.

PECADO

La palabra “pecado” significa que “ha errado el fin”.. Significa fallar en ser lo que debemos ser y en hacer lo que debemos hacer.

En el origen el hombre fue concebido para ser la imagen creada de Dios, para vivir en unión con la vida divina de Dios, y para reinar sobre toda la creación. Que el ser humano haya fallado a su tarea es su pecado, a lo que también se refiere como su “caída”.

La “caída” del ser humano significa que ha fallado en la vocación recibida de Dios. Esto es el significado de Génesis 3. EL ser humano fue inducido por el maligno (la serpiente) a creer que podría llegar a ser “igual a Dios” por su propia voluntad y esfuerzo.

En la tradición Ortodoxa el comer del “árbol del conocimiento del bien y del mal” generalmente se interpreta como la percepción misma del mal, por el ser humano. Su experiencia concreta del mal como tal. A veces también se interpreta este comer del árbol (como lo ha hecho San Gregorio el Teólogo) como su intento de ir mas allá de lo que era posible; su intento de hacer lo que aun no estaba en su poder realizar.

Sean lo que sean los detalles de la varias interpretaciones del relato del Génesis, es la clara doctrina de la Ortodoxia que el ser humano ha fallado en su vocación original. Desobedeció al mandamiento de Dios por orgullo, envidia y la falta de humilde gratitud a Dios, cediendo a la tentación de Satanás. Así el ser humano pecó. “Falló al fin” al cual había sido llamado. Transgredió la Ley de Dios (Véase I Juan 3, 4). Y así llevó la ruina a sí mismo y a la creación que le fue entregada para cuidar y desarrollar. Por su pecado -y por sus pecados- se somete a sí mismo y toda la creación con él, a la ley del mal y de la muerte.

En la Biblia y en la teología Ortodoxa, los siguientes elementos siempre van juntos: el pecado, el mal, el diablo, el sufrimiento y la muerte. Nunca está uno sin los otros, y todos son el resultado común de la rebelión del ser humano contra

Dios y su pérdida de comunión con Él. Este es el significado principal de Génesis 3 y de los capítulos que siguen hasta la llamada de Abrahám. El pecado engendra más pecado y mal aún más grande. Trae desorden cósmico, la corrupción final y la muerte de todos y de todo. El ser humano todavía permanece como la imagen creada por Dios -esto no puede cambiar- pero él ha manchado esa imagen y ha perdido la semejanza divina. Su humanidad está desfigurada por el mal, pervertida y deformada hasta el punto que ya no puede ser el reflejo puro de Dios como debía haber sido. El mundo también permanece bueno, de cierto “muy bueno”, pero comparte las tristes consecuencias del pecado de su amo creado y sufre con él en la agonía mortal y corrupción. Así, por la falta del ser humano, el mundo entero cae bajo la ley de Satanás y “yace bajo el poder *del Maligno*”. (I Juan 5, 19; véase también Romanos 5,12).

El relato de Génesis es una descripción divinamente inspirada en términos simbólicos de las posibilidades primordiales y originales del ser humano, pero también de su flaqueza. Este relato nos revela que el ser humano desvió el poder que se le había dado de crecer y de desarrollarse eternamente en Dios y se hizo un instrumento de multiplicación y de proliferación del mal; y afirma que el ser humano ha transformado la creación en el principado del Diablo, un cementerio en escala cósmica “gimiendo y sufriendo dolores de parto” (romanos 8, 19 al 23) hasta que nuevamente fuera salvado por Dios. Todos los hijos de Adán, es decir, todos los seres humanos, comparten este trágico destino. Aún aquellos que nacen en este mismo instante como imágenes de Dios a un mundo esencialmente bueno están arrojados a un universo destinado a la muerte, gobernado por el diablo y lleno del fruto maligno de generaciones de sus indignos siervos.

El mensaje fundamental es este: el hombre y el mundo necesitan ser salvados. Dios da la promesa de la salvación desde el mismo principio, promesa que históricamente comienza a ser cumplida en la persona de Abrahám, el padre de Israel, el antepasado de Cristo.

“El Señor dijo a Abram (después llamado Abrahám): De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre y por ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra.”(Génesis 12, 3; Génesis 22, 15).

Abrahám creyó al Señor; y de él vino el pueblo de Israel del cual, según la carne, nació Jesucristo el Salvador y Señor de la Creación (Véase Lucas 1, 55; 73; Romanos 4; Gálatas 3).

Toda la historia del Antiguo Testamento encuentra su cumplimiento en Jesús. Todo lo que sucedió a los hijos escogidos de Abrahám sucedió en vista de la definitiva y final destrucción del pecado y de la muerte por Cristo. Los pactos

de Dios con Abrahám, Isaac y Jacob (el nombre de Jacob fue cambiado posteriormente a “Israel”, que significa “aquel que lucha con Dios”); las doce tribus de Israel; la historia de José; la Pascua, el éxodo, y la entrega de la Ley de Dios a Moisés; la llegada de Josué a la tierra prometida; la fundación de Jerusalén y la construcción del Templo por David y Salomón; los jueces, reyes, profetas y sacerdotes; absolutamente todos los acontecimientos relatados en el Antiguo Testamento en relación al Pueblo Escogido de Dios, encuentra su último motivo y su sentido en el Nacimiento, Vida, Muerte, Resurrección, Ascensión y Glorificación del Hijo Unigénito de Dios, Jesús el Mesías. Él es Aquel que es engendrado del Padre para salvar a las personas de sus pecados, para abrir sus tumbas y para otorgar la vida eterna a toda la creación.

JESUCRISTO

Y en un solo Señor Jesucristo.

La confesión fundamental de los cristianos acerca de Su Maestro es esta: “Jesucristo es el Señor”. Esta comienza en el Evangelio cuando Jesús mismo pregunta a sus discípulos quién creen ellos que es Él: “*Y vosotros ¿quién decís que soy yo?*” Respondiendo Simón Pedro, dijo: *Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente (Mateo 16, 16).*

Jesús es el Cristo. Esto es el primer acto de fe que los seres humanos deben hacer acerca de Él. Al nacer, el hijo de María recibe el nombre de Jesús, que significa literalmente Salvador (en hebreo, Josué, que es además el nombre del sucesor de Moisés quien cruzó el Río Jordán y llevó al pueblo escogido a la tierra prometida). “Llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”. (Mateo 1, 21; Lucas 1, 31). Es este Jesús, el Cristo, que significa el Ungido, el Mesías de Israel. Jesús es el Mesías, el que fue prometido al mundo mediante Abrahám y su linaje.

Pero ¿quién es el Mesías?. Esta es la segunda pregunta, que Cristo hizo en los Evangelios. Mas esta vez no preguntó a Sus Discípulos, sino a los que trataban de tenderle una trampa a Él. “¿Quién es el Mesías?” les preguntó, no porque podrían responder o porque realmente querían saber la respuesta, sino para acallarlos y comenzar “la hora” para la cual había venido, la hora de la Salvación del mundo:

“Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: “¿Que pensáis del Cristo” De quién es hijo?. Le dijeron: de David. Y les dijo: ¿pues cómo David en el Espíritu le llama Señor; diciendo: Dijo el Señor a mi Señor; Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”?(Salmo 110). Pues si David le llama Señor, ¿Cómo es

su Hijo?. Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle mas”.(Mateo 22, 41 al 46).

Después de la Resurrección de Jesús, inspirados por el mismo Espíritu Santo que había inspirado a David, los Apóstoles y todos los miembros de la Iglesia comprendieron el significado de esas palabras: Jesús es el Cristo. Y el Cristo es el Señor. Este es el misterio de Jesucristo el Mesías, es decir, que Él es el Único Señor, identificado con el Dios Yahvé del Antiguo Testamento.

Ya hemos visto como Yahvé siempre fue llamado Adonái, el Señor, por el pueblo de Israel. En la Biblia griega nunca fue escrita la palabra Yahvé. Si no que en su lugar, donde se escribía en hebreo la palabra Yahvé, y donde los judíos decían Adonai, el Señor, la Biblia griega simplemente escribía Kirios, el Señor. Así, el Hijo de David, que era otro nombre para el Mesías, es llamado, Kirios, el Señor.

Para los Judíos, y por cierto para los primeros Cristianos, el término Señor se usaba solamente para referirse a Dios: “Dios el Señor se ha manifestado a nosotros” (Salmo 118). Este Señor y Dios es Yahvé; y es también Jesús el Mesías. Pues aunque dice Jesús: “el Padre es mayor que yo” (Juan 14, 28), también afirma: “Yo y el Padre somos uno “. (Juan 10, 30)

Crear en “Un solo Señor Jesucristo” es la principal confesión de Fe por la cual los primeros Cristianos estaban dispuestos a dar sus vidas. Pues es la confesión que afirma la identidad de Jesús con el Dios Altísimo.

HIJO DE DIOS

...Hijo Unigénito de Dios...

Jesús es uno con Dios como Su Hijo Unigénito. Esto es la proclamación con valor de revelación formulada por los Santos Padres del Concilio de Nicea:

... y en un Solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre, antes de todos los siglos: Luz de Luz, Verdadero Dios de Dios Verdadero. Engendrado, no creado. Consustancial al Padre, por quién fueron hechas todas las cosas...

Estas frases hablan acerca del Hijo de Dios, también llamado el Verbo (Palabra) o Logos de Dios, antes de su nacimiento en cuerpo humano de María Virgen en Belén.

Hay un solo Hijo Eterno de Dios. Es llamado Hijo Unigénito, que significa que fue el Único que nació del Padre.

El Hijo de Dios es nacido del Padre “antes de todos los siglos”; es decir, antes de la creación, antes del comienzo de los tiempos. El tiempo tiene su comienzo en la creación. Dios

existe antes del tiempo, en una existencia eternamente sin tiempo, que no tiene ni principio ni fin.

La palabra Eternidad no quiere decir tiempo sin fin. Significa la condición de estar en estado sin tiempo, sin pasado, sin futuro, solamente un presente constante. Para Dios, todo es ahora.

En el “ahora” eterno de Dios, antes de la creación del mundo, el Hijo Unigénito de Dios nació de Dios Padre en lo que sólo podemos llamar una generación eterna, sin tiempo, siempre actual. Esto significa que aunque el Hijo es “engendrado del Padre” y viene del Padre, su generación es eterna. Así, nunca hubo un “tiempo” en que no existiera el Hijo de Dios, contrariamente a lo que predicaba el hereje Arrio quien enseñaba que sí hubo un tiempo en el cual el Hijo de Dios todavía no había nacido. Esta falsa doctrina fue formalmente condenada por el Primer Concilio Ecuménico.

El Hijo Unigénito de Dios, aunque nació del Padre y tiene Su origen en Él, siempre existió, o mejor dicho, siempre existe: no creado, eterno y divino. Así, dice el Evangelio de San Juan:

“En el principio existía el Verbo (Palabra, Logos); y el Verbo estaba con Dios. Y el Verbo era Dios”. (Juan 1, 1)

Eternamente nacido de Dios y siempre-existente con el Padre en la generación “sin tiempo”, el Hijo es verdaderamente “Luz de Luz, Verdadero Dios de Dios Verdadero”. Pues Dios es Luz, y lo que es nacido de Él debe ser Luz. Y Dios siendo Verdadero Dios, entonces lo que nace de Él debe ser Verdadero Dios.

Sabemos, según el orden de las cosas creadas, que cualquier ser que nace debe ser esencialmente igual a lo que le dio nacimiento. Si uno viene del mismo ser de otro, debe ser entonces de la misma naturaleza que él; es imposible que sea esencialmente diferente. Así, los seres humanos dan nacimiento a otros seres humanos, los pájaros a pájaros, los peces a peces, las flores a flores.

Si Dios entonces, en la sobreabundante plenitud y perfección de Su Ser Divino, da nacimiento a un Hijo, el Hijo debe ser igual al Padre en todo, excepto, por supuesto, en el hecho de que es el Hijo, y no el Padre.

Así, si el Padre es Divino y eternamente perfecto, veraz, sabio, bueno, amante, y todo lo que sabemos que Dios es: “Inefable, inconcebible, invisible, siempre-existente y eternamente igual” (nuevamente citando el texto de la liturgia), entonces el Hijo también debe ser todo esto. Pensar que lo que nace de Dios debe ser menos que Dios, dice un Santo de la Iglesia, sería deshonorar a Dios.

El Hijo es “engendrado, no-creado; consubstancial al Padre”. Para expresar las palabras “engendrado, no creado”, también podemos decir “nacido, no-creado”. Todo lo que

existe aparte de Dios es creado por Él: todas las cosas visibles e invisibles. Pero el Hijo de Dios no es una criatura. No fue creado o hecho por Él. El Hijo fue nacido, engendrado, generado del mismo ser y naturaleza del Padre.

Pertenece a la misma naturaleza de Dios (a Dios en tanto que Dios) según la Divina Revelación tal cual fue entendida en la tradición ortodoxa, que Dios es un Padre Eterno por naturaleza, y que debe tener siempre a Su Hijo Eterno, No-Creado junto a Él. Pertenece a la misma naturaleza de Dios el que deba ser así, para que sea verdadera y perfectamente Divino. Pertenece a la misma naturaleza de Dios que no esté eternamente solo en Su Divinidad, sino que Su Mismo Ser, siendo Amor y Bondad, debe naturalmente “sobreabundar” y “reproducirse” en la generación de un Hijo Divino: el “Hijo de Su Amor”, como lo ha llamado el Apóstol San Pablo. (Col. 1, 13).

Por lo tanto, existe un gran abismo entre lo creado y lo no-creado; entre Dios y todo lo que Dios ha hecho de la nada. El Hijo de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, no es creado. No fue hecho de la nada. Él ha sido y Él es engendrado eternamente del Ser Divino del Padre. No existe ningún abismo entre Dios y el Hijo de Dios.

Habiendo sido engendrado y no creado, el Hijo de Dios es lo que Dios es. La expresión consubstancial, simplemente significa lo siguiente: lo que es Dios el Padre, lo es también el Hijo. Decir que el Hijo es Consubstancial al Padre, es decir que son de la misma esencia¹. Ahora bien, la palabra esencia viene del latín esse, que quiere decir ser. Hablar de la esencia de algo significa responder a la pregunta: “¿Qué es?” Lo que el Padre es, el Hijo es. El Padre es Divino, el Hijo es Divino. El Padre es Eterno, el Hijo es Eterno. El Padre no fue creado; el Hijo tampoco lo fue. El Padre es Dios, y el Hijo es Dios. Esto es lo que confesamos al decir “el Hijo Unigénito de Dios... Consubstancial al Padre”.

Estando siempre con el Padre, el Hijo es también una sola vida, una sola voluntad, un solo poder y una sola acción con Él. Lo que sea el Padre, el Hijo también lo es; y por lo tanto lo que hace el Padre, también lo hace el Hijo. Fuera de su existencia divina, el acto propio de Dios es el acto creador. El Padre es el Creador del Cielo y de la Tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en el acto de la creación, como lo confesamos en el Símbolo de la Fe, el Hijo es aquél por Quien fueron hechas todas las cosas.

El Hijo obra en el acto creador como el que lleva a cabo la Voluntad del Padre. El acto divino de la creación y, por otra parte, todo acto a favor del mundo creado, se trate de la revelación, de la salvación o de la glorificación, es querida por el Padre y cumplida por el Hijo (luego hablaremos del Espíritu Santo) en una sola e idéntica acción divina. Así tenemos

el relato de la creación en el Génesis, en donde Dios crea mediante Su Verbo (Palabra) Divino (“... y dijo Dios...”), y en el Evangelio de San Juan la revelación precisa lo siguiente:

“Este (la Palabra - Hijo) era en el principio con Dios (el Padre); todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”.(Juan 1, 2 al 3).

Esta es también la doctrina exacta de San Pablo: *“... Por el fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten”.(Col.1, 16 al 17)*

Así, se confiesa al Eterno Hijo de Dios como aquél “por Quien fueron hechas todas las cosas”. (Juan 1,2-3; Hebreos 1, 2; 2, 10; Romanos 11, 36).

El Símbolo de la Fe continua como sigue: *“Quien por nosotros los hombres y para nuestra salvación, bajó de los cielos, se encarnó del Espíritu Santo y María Virgen y se hizo hombre... ”.*

El Divino Hijo de Dios nació en carne humana para la salvación del mundo. Esta es la doctrina central de la Fe Cristiana Ortodoxa; toda la vida de los cristianos está basada en este hecho.

El Símbolo de la Fe enfatiza el hecho de que es “por nosotros los hombres y para nuestra salvación” que el Hijo de Dios ha venido. Esta es la más asombrosa, la más increíble de las enseñanzas bíblicas, que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3, 16, citada en la parte central de la oración eucarística durante cada Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo)

Por su amor perfecto, Dios “envió” a Su Hijo al mundo. En el mismo acto de la creación, Dios “sabía” que para que el mundo exista, era necesaria la Encarnación de Su Hijo en carne humana. La palabra Encarnación en sí significa “asumir la carne”, “tomar carne” en todo el sentido de la naturaleza humana, cuerpo y alma.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de Verdad.... Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia”. (Juan 1, 14,16)

...Bajó de los cielos...

La afirmación que el Hijo “bajó de los cielos y se encarnó” no quiere decir que Él se encuentra en alguna parte “arriba” en los espacios intersiderales y que luego descendió al planeta

Tierra. Decir que Él “bajó de los cielos” es la forma bíblica de decir que el Hijo de Dios vino de una existencia totalmente diferente, la divina existencia de Dios, fuera de los límites de todo espacio y de toda duración del universo físico, creado. En general, debemos recordar nuevamente el carácter simbólico de todas nuestras palabras y afirmaciones que utilizamos cuando hablamos acerca de Dios.

Tampoco se debe interpretar la afirmación que el Hijo “bajó de los cielos” en el sentido de que antes de la Encarnación el Hijo de Dios estuviera totalmente ausente del mundo. El Hijo siempre estuvo en el mundo, pues el “mundo fue creado por El” (Juan 1, 10). Él estuvo presente siempre en el mundo pues Él personalmente es la vida y la luz del hombre. (1 Juan 4)

Creado “a la imagen y semejanza de Dios”, todo ser humano – simplemente por el hecho de ser un ser humano - ya es reflejo del Hijo Divino, Quien es Él Mismo la Imagen No-Creada de Dios (Colosenses 1, 15; Hebreos 1, 3). Así, el Hijo, o Verbo (Palabra), o Imagen, o Resplandor de Dios, como se refiere a Él en las Santas Escrituras, siempre estuvo “en el mundo” por estar siempre presente en cada una de sus “imágenes creadas”, no solamente como su creador, sino también siendo Él cuyo Ser todas las criaturas han de compartir y reflejar. Así, en su Encarnación, el Hijo viene al mundo personalmente y llega a ser Él mismo un ser humano. Incluso antes de la Encarnación, estaba siempre presente en el mundo por la presencia y el poder de Sus acciones creadoras en Sus criaturas, particularmente en el ser humano.

Además de esto, es también doctrina Ortodoxa que la manifestación de Dios a los Santos del Antiguo Testamento, es decir, las teofanías (que significa manifestaciones divinas), eran manifestaciones del Padre, por, mediante y en su Hijo o Logos. Así, por ejemplo, las manifestaciones a Moisés, Elías o Isaías son a través del Hijo de Dios, Divino y no Creado.

Es también enseñanza Ortodoxa que la Palabra de Dios que fue recibido por los profetas y santos del Antiguo Testamento, y las mismas palabras de la Ley del Antiguo Testamento de Moisés, también son revelaciones de Dios por Su Hijo, el Verbo Divino. (Referente a la Ley de Moisés, en hebreo se dice las “Palabras”, y no los “mandamientos” como se ha traducido al español). Así, por ejemplo, tenemos el testimonio del Antiguo Testamento de la revelación de la Palabra de Dios, como el del Profeta Isaías, en casi la misma forma personal como se encuentra en el Evangelio cristiano:

“Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan

para comer; así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que le envié”. (Isaías 55, 10 al 11)

Así, antes de su Nacimiento personal de la Virgen María como el hombre-Jesús, el Divino Hijo y Verbo de Dios ya estaba en el mundo por Su presencia y acción en la creación, particularmente en el ser humano. Estaba presente y activo; también en las teofanías a los Santos del Antiguo Testamento; y en las palabras de la Ley y de los Profetas, tanto habladas como escritas.

LA ENCARNACIÓN

... Se encarnó del Espíritu Santo y María Virgen y se hizo hombre.

El Divino Hijo de Dios nació como hombre de la Virgen María por el poder del Espíritu Santo. (Mateo 1; Lucas 1) La Iglesia enseña que el nacimiento virginal es el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento (Isaías 7, 14), y que es también el cumplimiento de todas las aspiraciones de los seres humanos para la salvación que se encuentran en todas las filosofías y religiones en la historia humana. Solamente Dios puede salvar al mundo. El hombre no puede hacerlo por sí solo ya que es el propio hombre que necesita ser salvado. Por lo tanto, según la doctrina ortodoxa, el nacimiento virginal es necesario no por una idolatría falsa de la virginidad como tal ni por un rechazo pecaminoso a la normal sexualidad humana. Ni tampoco es necesaria para “dar mayor peso” a las enseñanzas morales de Jesús, como algunos dicen. Se entiende el nacimiento virginal como una necesidad porque Él que nace no puede ser un mero ser humano como los demás que tiene necesidad de la salvación. El Salvador del mundo no puede ser uno de la raza de Adán nacido según la carne como los demás. Debe ser “no de este mundo” para poder salvar al mundo.

Jesús nace de la Virgen María porque Él es el Divino Hijo de Dios, el Salvador del Mundo. Es la enseñanza formal de la Iglesia Ortodoxa que Jesús no es un “mero hombre” como todos los demás. Por cierto, es un verdadero hombre, un hombre íntegro y perfectamente completo, con un espíritu, un alma y un cuerpo humano. Pero Él es el Hijo y el Verbo de Dios encarnado. Entonces, la Iglesia formalmente confiesa que María con todo derecho debe ser llamada Theotokos, que literalmente significa “la que da a luz a Dios”. Pues, como canta nuestra Iglesia en la Navidad, Aquel que nace de María de toda la eternidad es Dios.

“Hoy una Virgen da a luz al Eterno, y la tierra ofrece una caverna al inaccesible. Ángeles y pastores le glorifican. Y los magos siguen a una estrella. Hoy ha nacido un niño, el Eterno Dios”. (Kontakion de la Navidad)

Jesús de Nazaret es Dios, o, mejor dicho, es el Divino Hijo de Dios encarnado. Él es un hombre verdadero en todos los aspectos. Nació. Se crió, obediente y sujeto a sus padres. Creció en sabiduría y estatura. (Lucas 2, 51 al 52) Tuvo una vida familiar “entre parientes y conocidos”. (Lucas 2, 41 al 44) Jesús no tuvo hermanos que nacieron de María, ya que nuestra doctrina Ortodoxa la confiesa “siempre-Virgen”. Cuando en la Sagrada Escritura se refiere a los “hermanos” de Jesús (Juan 2, 12) entendemos que fueron primos, o hijos de José².

Como hombre, Jesús experimentó todas las normales y naturales experiencias humanas como el crecimiento y el desarrollo, la ignorancia y el aprendizaje, el hambre, la sed, la fatiga, la tristeza, el dolor y la desilusión. También conoció la tentación, el sufrimiento y la muerte. Aceptó estas cosas “por nosotros los hombres y para nuestra salvación”.

“Así que, por cuanto los hijos participaren de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, (...) para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto el mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2, 14 al 18)

Cristo entró al mundo para llegar a ser semejante en todo a todos los hombres, excepto en el pecado.

“No hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; quien cuando padecía no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente (Dios el Padre)”. (1 Pedro 2; 22 al 23; Hebreos 4, 15)

Jesús fue tentado, pero no cometió pecado. Fue perfecto en todo sentido, absolutamente obediente a Dios Padre, pronunciando Sus palabras, cumpliendo Sus obras y realizando Su voluntad. Como hombre, Jesús cumplió su papel perfectamente, siendo el Hombre Perfecto, el nuevo y postrer Adán. Él hizo todo lo que el ser humano no logra hacer, siendo en toda cosa la más perfecta respuesta humana a lo que Dios espera de Su creación. En este sentido, el Hijo de Dios hecho hombre “recapitula” la existencia de Adán, es decir, de toda

la raza humana, llevando al hombre y su mundo a Dios Padre de nuevo, y haciendo posible una nueva vida, libre del poder del pecado, del diablo y de la muerte.

Como el Salvador - Mesías, Cristo también cumplió todas las profecías y colmado todas las expectativas del Antiguo Testamento, como un cumplimiento y coronación de perfección final y absoluta a todo lo que había sido esbozado en Israel para la salvación humana y del universo. Así entonces, Cristo es el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham, la culminación de la Ley de Moisés, y la realización de las profecías. Él Mismo es el Último Profeta, el Rey y El Maestro, el Único y Supremo Sumo Sacerdote de la Salvación, la Víctima Sacrificial sin mancha, la Nueva Pascua y el Dador del Espíritu Santo a la creación entera.

Es en este título de Mesías - Rey de Israel y de Salvador del mundo que Cristo afirmó Su identidad con Dios Padre y se llamó a sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida, la Resurrección y la Vida, la Luz del mundo, el Pan de Vida, la Entrada al redil de ovejas, el Buen Pastor, el Hijo Celestial del Hombre, el Hijo de Dios, y Dios en persona, el “Yo Soy” (Evangelio de San Juan).

LEE EL TEXTO COMPLETO

Y EL RESTO DEL CURSO EN:

WWW.IGLESIAORTODOXA.CL